

# LA GACETA.

Periódico Oficial de la República de Honduras.

SERIE 118

TEGUCIGALPA: 22 DE MAYO DE 1895.

NUMERO 1.180

## SUMARIO.

Mensaje presentado por el Presidente de la República, Dr. don Policarpo Bonilla, á la Asamblea Nacional Constituyente, sobre los actos de su Gobierno Provisional hasta el 31 de diciembre de 1894.

## MENSAJE

PRESENTADO POR EL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA, DR. DON POLICARPO BONILLA Á LA ASAMBLEA NACIONAL CONSTITUYENTE, SOBRE LOS ACTOS DE SU GOBIERNO PROVISIONAL HASTA EL 31 DE DICIEMBRE DE 1894.

*Señores Diputados:*

Cumplo con el deber de daros cuenta de mi conducta como Presidente Provisional de la República, en este Mensaje que os anuncié en mi alocución al inaugurar sus sesiones esta Augusta Asamblea.

Fué mi primer propósito limitar el informe á mis actos hasta el último de julio, por creer que la Asamblea terminaría sus sesiones antes del fin del año; pero al suspenderlas en diciembre para reanudarlas en febrero, he preferido comprender todo el período de Gobierno discrecional, que concluyó el último de diciembre, para que la Asamblea, con la plenitud de sus facultades, pueda aprobar ó improbar mi conducta.

Antes de comenzar á daros cuenta de mis actos como gobernante, creo necesario exponeros los antecedentes y el curso de la revolución generadora de mi gobierno, porque debo ser juzgado, no sólo como Presidente de la República, sino también como Jefe de esa revolución. Procuraré sea breve, en lo posible, mi narración, que empezaré con una mirada retrospectiva.

\* \*

En Honduras nunca había existido un partido político organizado. Dos agrupaciones se han atribuido ese carácter, y tomando diferentes nombres desde la época de nuestra independencia, se han venido disputando el poder público. Mas ninguna de ellas había logrado interesar á todo el pueblo, sino que un número de ciudadanos, más ó menos considerable, se atribuía su representación.

No obstante, para las libertades públicas, era ventajosa aquella situación, comparada con la que sobrevino al advenimiento de los Gobiernos personales, que por tantos años han azotado al país. Conociendo que el peligro mayor para su vida consistía en los partidos políticos, se propusieron y lograron extinguir hasta el remedo que de ellos existía.

No volveré á referirme á la agrupación conservadora, que no pudo sobrevivir á esa polí-

tica personal; porque, si sus restos han vuelto á aparecer, ha sido con otros nombres, sin vida propia de partido, independiente del Poder.

El Partido Liberal, que en los últimos años me ha cabido la honra de dirigir, ha pasado en la historia patria por durísimas pruebas. Hubo tiempo, como el año de 63, en que se viera reducido á menos de treinta personas en Tegucigalpa, y á pocos centenares en todo el país.

Gran ensanche tuvieron sus filas bajo el Gobierno Provisional de don Céleo Arias; y mucho mayor por el heroísmo de su caída.

Bajo la Administración de don Marco Aurelio Soto, encarnación típica del Gobierno personalísimo, las filas liberales perdieron muchos miembros importantes; y los que se conservaron independientes, pasaron retraídos de la política, que era monopolio del Poder.

La caída de Soto fué repentina: el pueblo no estaba preparado para ella; y la rapidez con que se precipitaron los acontecimientos, impidió que los liberales se reconocieran y agruparan de nuevo para la lucha electoral del 83, con la candidatura de don Céleo Arias. Sin embargo, su resistencia fué de bastante significación; y desde entonces pudo predecirse que ese partido estaba llamado á predominar en no lejano tiempo, quedando definido ya claramente como de oposición.

Pasaron los cuatro años del primer período de la Administración Bográn, sin que aparentemente tomara la oposición mayor fuerza; pero al tratar aquél de reelegirse, y aunque con sólo dos meses de anticipación, el Partido Liberal se enfrentó al candidato Presidente, oponiéndole á su jefe el señor Arias. Ruda fué la lucha: el resultado de antemano conocido; pero ya aparecieron en las filas liberales los estudiantes, los artesanos y aun los labriegos, clases sociales que tan eficazmente habían de contribuir más tarde á asegurar el triunfo. Ya entonces pudo comprenderse que ese partido representaba la causa del pueblo; porque comenzó á sufrir persecuciones y á contar mártires en su seno. Entonces empezó á tomar carácter de verdadero partido político, carácter que siguió acentuándose cada día más, hasta la muerte de su jefe, el gran patriota, señor Arias.

Los liberales comprendieron, por experiencia, que su propaganda sería poco fructuosa sin una imprenta independiente. Concibieron y realizaron el proyecto de organizar una sociedad anónima para importarla; y el establecimiento "La Prensa Popular" fué la palanca poderosa á que debió el partido en seguida su organización y su fuerza.

Al morir Arias se creyó necesario agrupar sus adeptos, organizar un verdadero partido político y escoger un nuevo jefe.

Apenas iniciado ese trabajo, ocurrió en esta capital la sublevación del General Sánchez. La abnegación y patriotismo demostrados por los liberales en aquella difícilísima situación, sólo son comparables en magnitud al egoísmo,

ingratitude y desatino del gobernante salvado por ellos. Innecesario es detenerme á referir aquellos acontecimientos, que son tan conocidos del pueblo hondureño, y sirvieron para centuplicar las fuerzas de la oposición, la cual continuó sus trabajos, apenas suspendidos en los pocos días que duró la armonía con el Gobierno, no prolongada más allá de los días de peligro para el mismo.

Se aproximaba la época de la elección presidencial; y por ello se apresuró la organización del partido, convocándose á elección de Jefe y candidato del mismo y de Diputados á una Convención. Reunida ésta, se formuló la Constitución de aquél y se me declaró electo para ambos cargos.

Bien comprendí desde entonces lo pesado de la carga que echaba sobre mis hombros, al aceptar la honrosa distinción de mis correligionarios; porque era fácil de prever, dada la deslealtad de nuestros contrarios, que por poco tiempo disfrutaríamos de la libertad recién conquistada á costa de nuestra sangre, la que sería coartada al presentarse el primer pretexto.

Debían aprovecharse esos días de libertad. Nuestra prensa se levantó poderosa. "El Bien Público," "El Demócrata," "El Club Liberal" llevaron la propaganda de los principios proclamados en la Constitución del partido hasta los más apartados rincones del país; y el pueblo hondureño comenzó á despertar del sueño en que por muchos lustros se había mantenido postrado.

Así llegamos hasta el 6 de mayo. Ese día, el hombre que tanta sangre y tantas lágrimas había de costar después á la patria, que tan funesto había de ser al partido, el General Domingo Vásquez, mandó asaltar el puerto de Amapala, sin tener el valor de presentarse en persona, para dirigir aquel movimiento aislado. El Gobierno, pasado ya el peligro, fingió creer que el Partido Liberal estaba complicado en el torpe movimiento, teniendo plena convicción de lo contrario: decretó el estado de sitio y lo mantuvo por cien días, prohibiendo toda publicación, toda reunión, toda comunicación de pueblo á pueblo, todo trabajo político.

Hasta entonces ningún liberal había pensado que habría de tenerse que recurrir á las armas para poner término á la lucha. En todos los actos y manifestaciones de palabra y por la prensa, el partido había demostrado su propósito de mantenerse dentro del límite de su derecho. Su jefe había previsto la declaración de estado de sitio como último recurso del Gobierno para ganar la elección; pero no pudo prever el accidente de Amapala que anticipó la fecha probable para usar de tal recurso, y no pudo por lo mismo dictar ninguna disposición para resistirlo ó frustrar sus efectos.

Al fin el Gobierno, engañado por la aparente calma en que había entrado el pueblo hondureño, resolvió representar, con mejores

apariencias, la farsa electoral, levantando el estado de sitio pocos días antes de la elección.

Entonces quedó confirmado que ya el pueblo hondureño tenía conciencia de sus derechos, porque á pesar de sus pasados sufrimientos y de los que debía esperar en el porvenir, no hubo población alguna en donde no haya aparecido luchando el partido de oposición. Quedó en la conciencia pública que el candidato oficial fué derrotado á pesar de la violencia, y que debió al fraude la declaratoria de su elección.

Al levantarse el estado de sitio, como Jefe del partido, publiqué, con fecha 6 de agosto, un manifiesto en que, con más extensión, se pintó la situación pasada y del momento, y las esperanzas y propósitos en el porvenir. A él me refiero para no repetir, y lo acompaño como anexo (I).

Fué la lucha electoral de 1891 una espléndida manifestación del espíritu democrático, muy rara vez, si acaso, presenciada en otra nación de la América latina. Creíase que sería de provecho para Honduras, bastando para ello solamente que los hombres del Gobierno la tomaran en cuenta y abriesen los ojos á la luz, porque estaban ciegos. Mas no fué así.

En mi manifiesto fechado en Guatemala, el 15 de septiembre de 1892 que acompaño (anexo II) están referidos todos los esfuerzos hechos para lograr una conciliación con los usurpadores del Poder Público, toda la paciencia de que los liberales nos revestimos para evitar la guerra civil, que se presentaba inminente; y todos los actos de egoísmo, deslealtad y fiera que mostraron nuestros adversarios y les condujeron hasta decretar la expatriación de los principales hombres del Partido Liberal, dejando franca la puerta para la revolución armada, que no tardó en principiar. En esta conducta, por servir á sus cálculos proditorios, tuvo participación directa el siempre funesto General Vásquez.

La verdad de mi relato en los citados documentos, como en los demás de igual índole que he publicado, si otros comprobantes no tuvieran, está confirmada por el hecho de no haber sido desmentida por la prensa del Gobierno, ni por los personajes á que alude, ninguna de mis aseveraciones; y por consiguiente, cuanto de importancia allí está consignado, podrá recogerlo el escritor más escrupuloso para las páginas de la historia.

En el último de dichos documentos se hace referencia á la expedición del General Manuel Bonilla sobre Puerto Cortés, que fué la primera consecuencia de la expatriación de los Jefes liberales, y se relata la primera campaña revolucionaria, iniciada en el Norte, con la toma de La Ceiba, por Leonardo Nuila, y secundada en el Sur por el pueblo en masa y los Jefes emigrados. Innecesario es repetir la relación de aquéllos sucesos y de las causas porque fracasaron ambos movimientos.

Muena sangre había corrido ya en los campos de batalla de La Ceiba, Las Anonas, El Carrizal y El Corpus; pero no contento con esto el anciano en cuyas débiles manos se encontraban los destinos de la patria, la derramó también en los patibulos, manchando con ella sus canas y haciendo imposible todo avenimiento. Leonardo Nuila, Francisco Grave de Peralta, Juan Rosa Cárcamo, Ednardo Alvarado, son los primeros mártires de la revolución, inmolados por el rencor de nuestros adversarios.

Desde entonces forme la resolución irrevocable de no descansar un momento hasta lograr que el pueblo hondureño se viese libre de la feroz tiranía. Salí de Guatemala con el propósito, aunque sin la esperanza, de entrar á Nicaragua á reunirme con los restos del ejército revolucionario del Sur, dispersos en

aquella tierra. De paso supe en los puertos de El Salvador que me estaba prohibido el desembarque, y comprendí que igual prohibición encontraría en Nicaragua, por la íntima alianza de los dos Gobiernos.

Mi previsión quedó confirmada. Me vi obligado á ir á desembarcar á Costa-Rica, de donde por tierra penetré á Nicaragua en principios de noviembre de 1892, y de incógnito, ayudado por los amigos de nuestra causa de todos los colores políticos, logré llegar á Somoto, población fronteriza á Honduras, á mediados de diciembre. Sin descanso trabajé en unión de los Generales Reina y Sierra y otros jefes por conseguir los elementos necesarios; y poniéndonos en relación con los amigos del interior que se atrevían á arrostrar todos los riesgos por ayudarnos, logramos conseguir algún dinero, y situar en la frontera las armas y pertrechos que en el interior de Nicaragua y Honduras habíamos logrado acopiar.

Mientras tanto, por medio de don E. Constantino Fiallos me puse en relación con algunos hombres importantes del país, á quienes todos concedíamos patriotismo suficiente para contribuir con eficacia á evitar nuevo derramamiento de sangre. Quería obtener de Leiva la abdicación incondicional del poder. La correspondencia mantenida á ese respecto con los señores Gamero y Agüero, común para ellos y los señores Córdova, Fortín y Meza, la encontraréis en el (anexo III), documento de gran importancia, porque libra al Partido Liberal de toda responsabilidad por las consecuencias funestas de aquella negociación, debidas á la debilidad ó inercia de los unos, á la cobardía, rencor y egoísmo de los otros, y á la perversidad de los demás. Aquellas negociaciones dieron al General Vásquez el poder, siendo precisamente nuestro propósito, al prescindir de nuestras legítimas aspiraciones de partido, librar á Honduras de las calamidades que traería consigo su gobierno. Nuestra irresponsabilidad quedó definitivamente establecida con la correspondencia posterior cruzada con el señor Agüero, ya encargado del poder. (Anexo IV).

Se dió principio á la segunda campaña revolucionaria, sin perjuicio de las negociaciones, como lo había anunciado, ocupando el General Sierra el 2 de febrero, con ciento veinte hombres armados, la plaza de El Corpus, é invadiendo yo con un número igual sobre el departamento de El Paraíso el 4 del mismo mes. Los propósitos de la revolución están concretados en mi proclama fechada en la frontera el 29 de enero. (Anexo V).

Establecí mi campamento en la hacienda Las Cuevas, jurisdicción de Oropoli. Allí recibí la noticia de haber depositado Leiva el poder en el señor Agüero, noticia acogida por un momento con júbilo por nuestro ejército, trocado en seguida en indignación, al saber que quedaba Vásquez designado General en Jefe.

Sobrevinieron las conferencias de Güinope. Primero llegaron como comisionados los señores Fortín, Córdova, Gamero y Agurcia. Su misión fracasó por completo, porque llevaban condiciones de paz inaceptables y hasta ofensivas, y porque á la vez que ellos, llegaron pruebas completas de la mala fe con que procedía el Gobierno. Los comisionados trajeron la invitación á Agüero de ponerse en las leales manos del ejército revolucionario y salir de las de los traidores; pero fué suficientemente débil ó corto de vista, para negarse con fútiles pretextos, ó estaba bien enterado de los planes de Vásquez y los secundaba como dócil instrumento.

Nuevos comisionados, los señores Arias, Dávila y López, fueron enviados á tratar de la paz. Llegamos á convenir en bases, que

yo calificué ante ellos de mi sentencia de muerte; pero que aceptaba por horror al derramamiento de sangre de hermanos (anexo VI). Vásquez obligó á Agüero á rechazarlas, y el 24 de febrero quedaron rotas las negociaciones.

El 25 se libró el primer combate con la vanguardia enemiga, que fué completamente derrotada; y con él dió principio la célebre batalla de Tatumbla, sin precedentes en la historia patria.

Un mes permaneció en Tatumbla el ejército revolucionario, durante el cual se libraron siete combates de importancia, sin que la batalla haya podido considerarse suspensa desde que formalmente se entabló el 3 de marzo.

Desocupado Tatumbla el 26, se atacó la capital el 28, combatiéndose hasta en las calles céntricas de la ciudad durante todo el día. Obligados á retirarnos, el mismo día se libró la acción de Las Cruceitas, donde el enemigo fué completamente derrotado. Permanecimos cinco días en las alturas de El Picacho, que dominan la plaza, sin ser molestados por nuestros contrarios, que ocupaban ésta.

Se libraron después los combates de Cedros, Coa, Guaimaca, El Salto y Liure, que son todos teatros de gloria para los heroicos ciudadanos, que con tanta abnegación ofrendaban su vida por la redención de la patria.

En toda la campaña el ejército revolucionario perdió cerca de noventa hombres muertos y de ciento veinte heridos. Si no puedo presentaros completa la lista de los primeros, encontraréis la de los segundos (anexo VII), sin incluir, por falta de antecedentes, todas las bajas en los combates librados en San Antonio del Norte, Ocoatepeque, La Ceiba, Trujillo y en varios puntos del departamento de Yoro, por fuerzas que no estaban bajo mis inmediatas órdenes.

Nuestras pérdidas eran mucho más sensibles, porque nuestro ejército era de voluntarios; y por lo mismo todos nos conocíamos y tratábamos como amigos. Cada uno de nuestros soldados era hombre que pensaba y sabía por qué se hacía matar, era una esperanza para la patria. Por no cometer la injusticia de olvidar alguno, siendo el mérito igual en todos, no consigno en este documento, para perpetua recordación, los nombres de aquellos mártires.

Fué desgraciado el fin de tan heroica lucha. El hambre, la desnudez, la escasez de cartuchos y de toda clase de recursos, hicieron decaer, aunque no extinguirse, el indescriptible entusiasmo que la había provocado y mantenido, obligándonos á buscar, de nuevo, asilo en Nicaragua. Graves errores se cometieron, que son inevitables regularmente en la guerra; y por la parte que en ellos á mí me tocara, sirva para atenuar mi responsabilidad el haber compartido siempre los peligros con mis compañeros, y el haber tenido la buena suerte de ver en los campos de Guaimaca, correr mi propia sangre mezclada con la de los generosos defensores de la libertad.

No es de la ocasión entrar en detalles sobre la campaña. Mucho se ha escrito ya y mucho habrá de escribirse acerca de ella, para hacer cumplida justicia á los que entre tantos valientes supieron distinguirse.

Pero sí debo hacer un parangón entre la conducta de los revolucionarios y la del Gobierno de entonces. El programa de la revolución fué fielmente cumplido aun en los campos de batalla. Allí se respetó la vida del prisionero, y se trató al herido enemigo con igualdad á los nuestros. Allí mismo se respetó la propiedad, no tomando nada sin indemnización, sino cuanto exigía estrictamente la necesidad de vivir y de vencer. La moralidad de que dió pruebas nuestro ejército

no ha sido sobrepujada por la del más disciplinado de la América Central.

En cambio donde quiera que llegaban las fuerzas enemigas eran recibidas como plaga asoladora. El incendio, el saqueo, el asesinato y toda clase de crímenes señalaban su paso. Jamás dieron cuenta de un prisionero vivo; y su jefe Vásquez, fusilaba y mandaba fusilar en todas partes, hasta inocentes, sólo por infundir terror, que era la base de sus teorías de Gobierno. No es exagerado el cálculo, aunque todavía no ha podido fijarse exactamente, que hace subir de doscientas personas, las que perecieron fusiladas ó asesinadas durante la administración de Vásquez. Las ruinas de los heroicos pueblos de Tatumbula, Santa Ana y Apacilagua, y de centenares de casas de campo, devoradas todo por el incendio, son también prueba irrecusable de la ferocidad de aquel gobernante.

Sin embargo, ni tantos crímenes hicieron autorizar las represalias; que si en tres ó cuatro casos se practicaron, fué sin conocimiento siquiera de algún jefe principal. Que sirva la conducta del Partido Liberal, como una protesta enérgica contra la nota de salvaje, que, sin ella, aplicaría merecidamente al pueblo hondureño el mundo civilizado.

Retirado en principios de mayo á Nicaragua el jefe de la revolución, herido, como varios de sus más importantes subalternos, se dió por terminada, por entonces, la lucha, ya que era nuestro propósito vencer y derrocar la tiranía, no causar daño innecesario al país. No sucedió, por tanto, lo que es consecuencia regular de las revoluciones que fracasan: no quedó una sola partida de insurgentes en el país, que todos, sin deponer las armas, prefirieron perder la patria.

En aquellos momentos estaba iniciada la revolución contra el Gobierno de Sacaza en Nicaragua. De ambos lados se me pidió la cooperación de mis aguerridos compañeros, con promesas más ó menos halagadoras, aunque no concretas ni para cumplirse de momento, y menos benéficas para la causa liberal, que era lo que necesitábamos. Me negué á convertir á mis amigos en aventureros, y resolví guardar entretanto la neutralidad más absoluta. En esta política me secundó fielmente el Dr. don Pedro H. Bonilla, á quien envié á Managua, cerca del Gobierno de Sacaza.

Triunfó la revolución conservadora; y conocedor de sus vínculos con el Gobierno de Vásquez, no debía ni podía esperar de los vencedores apoyo alguno, ni siquiera tolerancia.

Pero el Gobierno conservador no llegó á consolidarse. Surgió la revolución en León el 11 de julio, y cambió por completo la situación de los emigrados hondureños.

Como ese acontecimiento ha ejercido tan directa influencia en el triunfo definitivo de nuestra causa y creado sagrados vínculos entre los liberales hondureños y nicaragüenses, me perdonaréis que me ocupe en él con algún detenimiento.

Me encontraba yo en Managua, todavía en la inacción por causa de mi herida, cuando estalló aquel movimiento. Mi ignorancia absoluta acerca del proyecto, me impidió tomar una resolución y comunicarla á todos los emigrados. Todos los que se encontraban en León, en Chinandega ó sus inmediaciones, movidos por intuición, y sin tener un jefe á quien consultar, los pocos que acompañaron al General Zelaya, en su marcha de Managua á León, vieron su propia causa en la de aquella revolución, que enarbolaba la bandera liberal; fraternizaron con los revolucionarios, y tomaron parte activa é importante en las acciones de Chinandega, Mateare y La Cuesta.

Un pronto y completo triunfo coronó aquel movimiento. El General Zelaya y todos los jefes revolucionarios, hicieron pública demostración de gratitud para con los hondureños por su eficaz concurso, y me repitieron á mí la promesa que á aquellos habían hecho en los campos de batalla, de ayudarnos á su vez para el triunfo del Partido Liberal en Honduras. Jamás promesa igual ha sido tan bien mantenida.

Desde aquel momento la causa liberal de Honduras quedó completamente identificada con la de Nicaragua. Era preciso esperar que aquel Gobierno amigo acabase de organizarse, y mientras tanto observar la mayor prudencia de nuestra parte, seguros como estábamos de que Vásquez cometería errores suficientes para justificar ante Centro-América una nueva campaña. Tendríamos entonces los elementos y recursos necesarios para asegurar el triunfo, que en tales circunstancias no sería dudoso, ya que en Honduras era cada día más pesado el yugo que oprimía al pueblo.

Una conducta correcta del Gobierno de Vásquez, pudo haber extinguido el espíritu revolucionario, é imposibilitar al Gobierno de Nicaragua para cumplir sus ofrecimientos. Puede decirse que estaban en manos de Vásquez la paz ó la guerra. Pero desde entonces su vanidad comenzó á ser nuestro mejor auxilio. La ocasión propicia que necesitábamos no se hizo esperar. El 31 de octubre hizo Vásquez que el Congreso emitiera el célebre decreto, equivalente á una declaratoria de guerra á Nicaragua. Desde ese momento aquel Gobierno amigo quedaba en la alternativa, ó de decretar la expulsión en masa de los emigrados hondureños, ó de darnos todo auxilio para derrocar el enemigo común. La decisión no era dudosa; pero la guerra se aplazó para cuando yo regresara de Guatemala, donde tenía que hacer también algunas combinaciones para garantizar mejor el éxito, y asegurarme sobre la actitud que el Gobierno de aquel país asumiría con relación á la contienda, ó en el caso de sobrevenir complicaciones con El Salvador.

A mi paso por Amapala, en viaje para Guatemala, ocurrió el incidente del bombardeo del vapor N. A. "Costa Rica," porque el capitán Dow, apoyado por el Ministro Baker, que iba á bordo, se negó á entregarme para que me diesen muerte cierta. Me complazco en mencionar aquí la noble conducta del Jefe y tripulación de aquel barco y de los pasajeros de todo sexo y edad, que unánimemente protestaron contra el salvaje atentado, prefiriendo correr todos los riesgos antes que consentir en mi entrega.

Con la seguridad de que el Gobierno de Guatemala no nos sería hostil y la probabilidad de que tampoco lo fuese el de El Salvador, el General don Manuel Bonilla, que había quedado en Nicaragua, reconocido como General en Jefe de los revolucionarios, y el Doctor don Pedro H. Bonilla, como Agente de la Revolución cerca del Gobierno de aquella República, de acuerdo con éste, resolvieron la tercera y última campaña. Al efecto, el General Bonilla, con todos los emigrados que pudo reunir, vino á la frontera y comenzó á organizar el ejército. El 14 ocupó á San Marcos de Colón. El 17 desembarqué en Corinto, y pasé á Managua, donde verbalmente quedaron estipuladas las bases de alianza entre aquel Gobierno y el Provisional que yo inaugurase.

Marché yo también á la frontera á tomar el mando de nuestras fuerzas. En Somotillo conferencié con el General Ortiz, Jefe de las fuerzas nicaragüenses. Quedó arreglado el plan para el principio de la campaña, comenzando por tomar la plaza de El Corpus. Entre otras condiciones se convino que el ejército nicaragüense marcharía siempre á retaguardia, y se ocuparía de preferencia en guar-

necer las plazas tomadas; condición de que en seguida se prescindió, porque el incendio de Choluteca y el de Apacilagua, nos hicieron comprender que debíamos obrar con toda la energía y rapidez de que fuésemos capaces, para evitar la destrucción completa del país, que llevaría á cabo el enemigo, si se le dejaba tiempo para ello.

Antes de ponerme al frente del ejército dirigí al pueblo hondureño, el 24 de diciembre, la proclama que acompaño como anexo (VIII); y trasladado á San Pedro, pasé la línea divisoria, llegando á Los Amates, para convenir con el General Bonilla sobre la organización de mi Gobierno, expidiéndose en seguida, con la misma fecha, el decreto respectivo, publicado en el número 1.034 de "La Gaceta" oficial, fecha 1.º de marzo de 1894.

No os haré relación de la campaña, porque la encontraréis en el parte del General en Jefe del ejército hondureño, don Manuel Bonilla. Notaréis en ese parte escasez de datos referentes al ejército nicaragüense, del que era inmediato Jefe el General Ortiz. El General Bonilla creyó deber abstenerse de entrar en detalles, respetando el derecho que le correspondía al General Ortiz, quien por la precipitación de los acontecimientos no dió en Honduras, como General en Jefe de ambos ejércitos, el parte circunstanciado de las batallas, ni tenemos noticia de que lo haya verificado en Nicaragua.

Referiré sí, á grandes rasgos, los principales sucesos de la campaña.

El 27 de diciembre fué tomada, en cuatro horas y media, por asalto, la fuerte plaza de El Corpus. El 30 se comenzó el ataque á la de Choluteca, que fué tomada el 3 de enero, después de haber ido desalojando de sus posiciones casa por casa al enemigo.

Mucho fué el daño que sufrió aquella población. Tanto para apoderarse de las casas, como para ejecutar en sus paredes las necesarias obras defensivas, hubo necesidad de abrir boquetes y troneras por las fuerzas de ambos bandos. Las habitaciones y almacenes eran verdaderos campamentos; y todos los objetos de valor que contenían estaban á merced del soldado, y peor que eso, á merced de los merodeadores que siempre siguen á los ejércitos. El saqueo fué inevitable, á pesar de los esfuerzos de los Jefes, teniendo la pena de ver perjudicados á nuestros mejores amigos, que fueron los que más sufrieron.

El enemigo, para desalojar nuestras fuerzas de las posiciones que conquistaba, recurrió al incendio. Observando que era su propósito arrasar la población, si era preciso, para rechazarnos, como medio salvador hubo de recurrirse al contrafuego, no sólo para contener el progreso de las llamas creadas por nuestros contrarios, sino también para impedirles acercarse á las casas que ocupábamos á continuar su obra de destrucción.

Horrible fué el espectáculo que se presentó á nuestra vista. Montones de cadáveres humanos y de animales se encontraron en las calles, dentro de las casas y en los suburbios de la ciudad.

Este espectáculo y tantos daños causados influyeron decisivamente en el ánimo de los Jefes, sobre el sistema de guerra que se emplearía en adelante. Comprendimos que el enemigo no se detendría en ningún medio para procurarse la victoria. Comprendimos también que en el curso de la guerra tendría el Gobierno de Vásquez que concentrar sus fuerzas, para librar acciones decisivas. Por esto se resolvió evitar las acciones de armas en poblaciones, ó si el enemigo las defendía, emplear el asedio en vez del asalto, lo que no había sido posible en Choluteca, expuestos como estábamos á ser atacados por Vásquez con el grueso de su ejército, si le dejábamos tiempo suficiente para llegar en auxilio de la plaza.

El resultado de ese acuerdo, que declaró yo ser esencial para poder continuar al frente de la revolución, fué salvador para Tegucigalpa, cuando Vásquez hizo en esta capital su última resistencia.

Entre otras disposiciones dictadas en El Corpus, figura el nombramiento del General Ortiz como primer Jefe y del General Bonilla como segundo, de los ejércitos aliados de Nicaragua y Honduras. Está publicado en "La Gaceta" oficial número 1.035. Con eso se obtenía la unidad de acción, nulificándose en mucho los inconvenientes que trae siempre consigo la confusión de fuerzas de distintos países.

Desde el día siguiente á la toma de la plaza nos afligió un terrible azote; que también había diezmando las filas enemigas: la fiebre amarilla, desarrollada con mayor fuerza debido á la putrefacción de los cadáveres, que toda diligencia fué inútil á evitar. Más de treinta de mis subalternos y muchos de los heridos de ambos ejércitos perecieron. Todos los esfuerzos de los médicos nicaragüenses fueron ineficaces para salvar un solo atacado. De setenta compañeros que quedaron conmigo en Choluteca, en su mayor parte oficiales, procedentes de tierra fría, que eran los únicos en peligro, sólo pudo salvarse la mitad, por haberlos mandado á El Corpus. Al mencionar este desgraciado accidente, debo hacer constar: que uno sólo de los amenazados de muerte por la fiebre no abandonó su puesto á mi lado hasta que recibieron el orden de marchar. Tanta abnegación era el mejor pronóstico del triunfo de nuestras armas.

Del 15 al 17 de enero se verificó la segunda acción de Choluteca. Esa batalla tendrá que ser mencionada en los anales militares de Centro-América con encomios para los Jefes liberales que la libraron. El teatro fué escogido por nosotros. En las Repúblicas vecinas se sabía que se atraía á Vásquez á un lazo. Lo comprendía así hasta el último de nuestros soldados, y sólo el jefe enemigo lo ignoraba. Su vanidad le cegaba, y con ella contábamos. Su fácil triunfo en Yuscarán debía hacerle pensar y pensó que le bastaba presentarse para vencer. Su confianza se aumentó con la retirada del General Bonilla, de Apacilagua, que calculadamente ordenó el General en Jefe Ortiz.

Ortiz estaba en Nacaome, y de allí dirigía el movimiento. El mismo, que había preparado el lazo, llegó á creer que Vásquez ya no caería en él, al demorar su marcha contra Choluteca; y por ello ordenó que la fuerza situada en Pavana al mando del General Q. Escalón, á igual distancia de Choluteca y Nacaome, y destinada á proteger una ú otra plaza que fuese atacada, se replegase á la última, calculando que era la amenazada. Allí llegó yo también al mismo tiempo que la columna Escalón, el día 15, precisamente á la hora en que Vásquez atacaba á Choluteca.

Al saber la noticia, un poco tarde, porque el enemigo había cortado la comunicación telegráfica, Ortiz con toda la fuerza nicaragüense marchó en su auxilio.

En Choluteca había como cuatrocientos cincuenta hombres, de los cuales unos trescientos cincuenta eran nicaragüenses. En las primeras horas de combate se desbandaron cerca de trescientos, la mayor parte soldados bisoños, que tres días antes habían desembarcado. Quedaba, pues, la plaza defendida sólo por menos de doscientos al mando del General nicaragüense Paulino Godoy, y del hondureño Máximo B. Rosales, entonces Coronel, Comandante del departamento. Los atrincheramientos habían sido casi destruidos por nosotros durante el primer combate y no se habían reparado. En las casas estaban aún abiertos los boquetes. Tenía, pues, el ene-

migo fácil la entrada; y sin embargo, durante veinticuatro horas de constante empuje de un ejército de mil novecientos hombres, no pudo pasar de las casas de las orillas de la población.

El General Bonilla, que se había replegado á El Corpus, á seis leguas de distancia, con sus quinientos hondureños, atacó al enemigo por retaguardia, á pecho descubierto, el día 16. Durante él y el 17 no cesó el combate. Le llegaron unos doscientos cincuenta hombres de refuerzo, pero con las bajas de los primeros días, nunca contó con más de 600.

Vásquez, colocado entre dos fuegos, dejó de atender á la plaza para hacer frente al General Bonilla. Vió desmoronarse poco á poco su ejército, que él llamaba invencible, hasta verse obligado á abandonar el campo, á la media noche, con unos seiscientos hombres.

Pocas horas antes había llegado Ortiz, con sus mil hombres, pero sin poder orientarse para tomar parte en la acción. Si hubiera sido posible que concurriese antes, allí hubiera terminado la campaña, porque Vásquez no habría podido encerrarse en Tegucigalpa. La persecución que se le hizo fué infructuosa, por las horas de ventaja que llevaba y por el cansancio de nuestra fuerza.

El pueblo de Apacilagua, donde Bonilla había sido bien recibido y obsequiado, estaba completamente solo al ocuparlo Vásquez. En su furor mandó incendiarlo. Al volver á pisar su suelo, todavía humeantes las ruinas, aquella población estaba ya vengada, porque el criminal llevaba la vergüenza de su derrota y el convencimiento de que se escapaba de sus manos aquel poder destructor, que tan horrible catástrofe había causado.

En su marcha sobre Choluteca, que Vásquez creía triunfal, en varios pueblos cometió toda clase de crímenes. En su regreso á nadie se causó daño por su orden. Este fenómeno siempre se observó en aquel hombre. Al revés de todos los tiranos, cuando estaba en peligro era manso y tolerante, feroz después del triunfo.

Encerrado Vásquez en esta capital, sin perder tiempo avanzaron nuestras fuerzas. El 23 se libró el primer combate en las inmediaciones, de resultado favorable para nuestras armas, comenzando el asedio que duró treinta días de constante batallar. No se estrechaba demasiado al enemigo, ni se trataba de forzar toda su línea, porque se procuraba su disolución, aunque fuese lenta, para evitarle la tentación de hacer la última resistencia en el recinto de la ciudad, cuya ruina sería segura.

Durante el asedio fué obligada á disolverse en Comayagua la columna de 800 hombres que traía de refuerzo el General Villela; y sólo quedaron en poder del enemigo los puertos de Amapala, Puerto Cortés, La Ceiba y Trujillo.

El 22 de febrero, á las 9 p. m., fué ocupada por nuestro ejército esta capital, y pocos días después se rindieron los puertos, quedando todo el país tranquilo y en poder del Gobierno Provisional. Vásquez huyó con dirección á El Salvador, no sin haber tenido que librar varios combates contra las pequeñas columnas de nuestras fuerzas, que lograron darle alcance, y sufriendo las hostilidades de los habitantes de los pueblos del tránsito, que sin distinción de sexo ni edad salían á su paso con escopetas, piedras y palos. Hasta entonces debe haber comprendido que no impunemente se vulneran los derechos de un pueblo viril, ni se huellan los fueros de la humanidad y la civilización.

Al tomar esta plaza, cayeron en nuestro poder los Generales Zepeda, Cañas, Ferrera, Morales y Bulnes (heridos los tres últimos), los Coroneles Iriarte, López García, Romero (Pedro), Romero (Ezequiel), Aguilar, Villela, Blanco, Escobar (los cuatro últimos heridos), y muchos otros jefes y oficiales de infe-

rior graduación. Todos gozaron de completas garantías y salieron del país los que quisieron.

Según los datos obtenidos, el enemigo perdió en el sitio veintiocho jefes muertos; y aunque se ignora el número de los oficiales y tropa, por cálculos aproximados y la proporción con los jefes, puede fijarse el total en no menos de 250. En toda la campaña no bajó de 400.

De parte de los ejércitos aliados en el sitio fué próximamente de ciento cincuenta el número de muertos, y en toda la campaña de doscientos cincuenta.

Del cuadro de los heridos de la campaña, formado por el Doctor Ugarte, Director del Hospital General de esta ciudad, resultan los siguientes datos:—En la acción de Tegucigalpa tuvieron los ejércitos aliados 301 heridos, en las demás acciones, 143; total, 444. De éstos eran nicaragüenses, 210; hondureños, 222; de varias nacionalidades, 12. Fueron asistidos en los hospitales de Nicaragua, 72; en los de Honduras, 369; y en casas particulares, 3. En los hospitales de León y Chinandega se asistieron 26 heridos enemigos; en el Hospital General de esta ciudad, 337; en casas particulares, 16. El total de heridos asistidos en hospitales hondureños, fué de 696; en los hospitales nicaragüenses, 98, y en casas particulares, 19.

De los heridos asistidos en los hospitales, salieron curados 748, y muertos 65—, total 813—; siendo de los curados, 407 revolucionarios y 340 enemigos, y de los muertos 36 revolucionarios y 29 enemigos.

El número de los heridos asistidos en hospitales, es mucho mayor que el consignado, porque durante la campaña no pudo llevarse con estricta escrupulosidad el conocimiento de los heridos revolucionarios que entraron á los hospitales de El Corpus, Choluteca y Loarque. Hay que agregar los heridos liberales que fueron á curarse á sus casas sin entrar á los hospitales y los del enemigo que no se capturaron, que en las acciones de Choluteca fué el mayor número.

Con relación á los grados, se distribuyen los heridos, según se ve en el siguiente cuadro:

	Revolucionarios.	Inemigos.	
Generales.....	1	4	
Coroneles.....	6	8	
Tenientes Coroneles.....	5	3	
Comandantes 1.ºs..	2	3	
Sargentos mayores..	2	0	
Comandantes 2.ºs..	3	7	
Capitanes.....	19	22	
Tenientes.....	41	31	
Subtenientes.....	18	16	
Sargentos.....	30	32	
Cabos.....	11	27	
Soldados.....	136	165	
De grado ignorado..	170	51	
Suma... ..	444	369	813

(Continuará.)

**AVISOS.**

EL INFRASCRITO, Subsecretario de Estado en el Despacho de Fomento, hace saber: que el Señor Juan T. Aguirre, con fecha 18 del actual, se ha presentado al Gobierno pidiendo una zona minera en el departamento de Valle, jurisdicción de Langue, limitada como sigue:—Partiendo del río Apasala en línea más ó menos recta y pasando por el Cerro Grande, hasta la loma del Portillo; de allí hácia el Sur, otra línea 300 varas y volviendo al referido río Apasala en línea paralela á la primera á cerrar con otro ángulo que se reunirá al punto de partida, formando un cuadrilongo más ó menos regular; debiendo tener esta zona un largo de veinte manzanas por tres de ancho, que hace un total de sesenta manzanas.

Lo que pone en conocimiento de todos aquellos á quienes puede interesar, para que en tiempo y forma deduzcan sus derechos

Tegucigalpa, 20 de mayo de 1895.

JULIO CÉSAR DURÓN.